

teresiana. Entonces el lector comienza a dudar de la imparcialidad tanto del autor como del traductor.

El tratamiento dado a la reforma de la madre Teresa no parece haber satisfecho al traductor, que en las «Anotaciones introductorias al presente volumen» escribe: «Después de la lectura detallada de este volumen, se echa de menos un estudio crítico e histórico conjunto de la reforma teresiana hecha por los buenos historiadores, que ambas ramas de la Orden tienen» (p. XI).

No obstante hay que reconocer que el autor ha reunido un copioso arsenal de datos, que los ha ordenado de una manera más o menos acertada y que escribe con desenfado no exento de humor. Así dice de los indeseables hermanos Melchor, Gaspar y Baltasar Nieto, que sólo se parecían a los Reyes Magos en el nombre. A veces traza pinceladas brutales en lugar de emplear expresiones que, sin sacrificar la verdad, no hieran la sensibilidad.

A través de las presentes páginas se palpan las dificultades que tuvo que vencer la nueva fuerza espiritual de la Reforma Católica para abrirse paso en la Iglesia y con cuánto retraso nació en los países tocados por las guerras y la reforma protestante. La historia de la Orden es una alternancia de progresos y retrocesos, de fervor y de cansancio, de impulsos y de resistencias, de grandezas y miserias.

«Para las provincias carmelitanas de España el siglo XVII fue su edad dorada. Después de un período de expansión en el siglo XVI, la Orden en España se enriquece con relativamente pocas fundaciones; pero, en compensación, las ya existentes estaban muy pobladas, a veces más de lo que los conventos podían sostener económicamente» (p. 612).

Para terminar esta breve recensión, dejemos la palabra al traductor: «Los editores

de esta historia deseamos profundamente, cuando se aproxima el cuarto centenario del nacimiento de la Orden de los Carmelitas Descalzos, 1593-1993, contribuir al conocimiento del común tesoro carmelita, acrecentado de forma excelsa por dos carmelitas, que así siempre se llamaron, que fueron Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, cuyo centenario vamos a celebrar. La Orden, que dio origen tan voluntariamente a este movimiento que hoy constituye uno de los grupos más eximios en la Iglesia, se siente orgullosa en todas sus ramas de haber dado ocasión para hacerse realidad a tantos deseos de autenticidad como se contienen en este volumen, que hemos querido titular *En busca de la autenticidad*» (p. XII).

La primera parte del subtítulo *Las reformas* también es cosecha del traductor. Añadamos que no es mucho lo que se halla en este volumen sobre San Juan de la Cruz, que la bibliografía ocupa 38 páginas y que habrían venido bien un índice onomástico y otro toponímico. No se alude para nada a la publicación de los volúmenes 1 y 3 de la edición española.

J. Goñi Gaztambide

Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Ediciones Rialp («Forjadores de Historia», 16), Madrid 1990, 282 pp.

El Prof. Suárez Fernández, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid y antiguo Rector de la Universidad de Valladolid, experto y apasionado conocedor del bajomedievo español y de su humanismo, acaba de publicar una monumental pentalogía dedicada a los Reyes Católicos (con un total de 1654 apretadas páginas). Conviene referir primeramente, y como información, los títulos de los cuatro volúmenes que no

vamos a reseñar aquí: *La conquista del trono*; *Fundamentos de la Monarquía*; *El tiempo de la guerra de Granada*; y *El camino hacia Europa*.

Esta pentalogía ha sido redactada para un público no especializado, pero el lector no debe engañarse: constituye una extraordinaria síntesis histórica, en la que se vierten muchos años de investigación —principalmente en Simancas—; amplísimas lecturas, de las que puntualmente se da noticia en las notas bibliográficas; e innumerables horas de reflexión sobre los acontecimientos historiados. El A. ha reunido y sistematizado las contribuciones más recientes y fiables, las ha expuesto en un tomo amable y sereno, y no ha rehuido ninguna cuestión, por difícil que parezca.

La expansión de la fe —que es el cuarto tomo— consta de ocho capítulos: «Humanismo y reforma eclesiástica», «El control de la comunidad política», «La supresión del judaísmo», «La reforma del clero secular», «La reforma de los religiosos», «Cisneros y la conversión de los granadinos», «Berbería de Levante» y «La expansión ultramarina de la cristiandad». El sumario parece suficientemente expresivo. Con todo, y desde el punto de vista doctrinal, el capítulo primero nos ha parecido el más interesante. En él define el A. una serie de conceptos fundamentales, sobre los que es preciso un acuerdo previo.

Discute primero la noción de «Renacimiento». Aunque puesta en boca de otros historiadores, el A. parece hacer suya la siguiente opinión: «El Renacimiento no es un período de tiempo, sino una nueva concepción del mundo y de la vida en la que el hombre y su proyección secularizada ocupan el centro. Por esta razón la mayor parte de los historiadores actuales prefieren recurrir al término Humanismo» (p. 11). «El Humanismo, que es un fenómeno que se extiende, en el orden del tiempo, entre Petrarca y Tomás Moro, nació de las raíces mismas de la Cristiandad latina y se extendió como una

renovación de ésta (...). El Humanismo fue la forma cómo la mentalidad meridional reaccionó frente al desafío que significaba la aparición del voluntarismo exagerado de Ockham y el nominalismo, sin inmovilizarse rutinariamente en las conquistas de la segunda escolástica» (p. 12).

Suárez Fernández ofrece, pues, una visión optimista del Humanismo. Considera que fue una saludable reacción frente a unas corrientes decadentes, desatadas por los nominalistas y por los terministas. Así podrá rastrear los orígenes de la reforma católica en los inicios del humanismo, especialmente en círculos italianos próximos a Santa Catalina de Siena. Con ellos establecieron contacto algunos eclesiásticos castellanos exiliados durante los tiempos de Pedro el Cruel.

Es cierto, como el A. reconoce, que el humanismo pretendía una reforma de la Iglesia por la vía educativa. Pero esto no debe entenderse en el sentido erasmiano. Erasmo exageró el papel de la educación en el camino de la virtud, desoyendo preciosas tradiciones ascéticas, y se mostró un tanto ingenuo en sus propuestas. Basta leer, para comprobarlo, su excelente *Enchiridion del caballero cristiano*, en la traducción del Arce-diano del Alcor. Pero la reforma española fue mucho más profunda que todo esto, y por ello triunfó. Los planes erasmianos, aunque calaron en la generación de Carlos V, no hicieron santos... Después, los aventó la Inquisición...

Apunta el A. las raíces lulianas del humanismo español. Continúa, de este modo, las hipótesis de Joaquín Carreras Artau y Miguel Batllori. El tema, sin embargo, no está probado. La actitud antirracionalista y —en definitiva— antimetafísica de Ramon Llull casa poco con la restauración filosófica y teológica de la segunda mitad del siglo XVI, iniciada ya a mediados del siglo anterior. Quizá se hallarían mayores concomitancias en el campo ascético, pero habría

Recensiones

que demostrarlas. En todo caso, hay ahí abierta una apasionante línea trabajo; una línea para un equipo de investigadores y para toda una generación.

La importancia concedida por el A. a Francesc de Eiximenis es relevante. A medida que progresan los estudios sobre la obra de este minorista catalán se aprecia más su influencia, no sólo en la Corona de Aragón, donde fue indiscutible, sino también en Castilla, por la pronta traducción de sus obras y su difusión por la imprenta. Su influencia llegó tempranamente a América, acompañando a las primeras expediciones novohispanas. Los estudios recientes de Josep Pèrarnau, Albert G. Hauf, Curt J. Wittlin y David J. Viera abonan el especial protagonismo de este franciscano, a veces juzgado con excesiva precipitación por algunos estudiosos.

Nos ha parecido muy sugerente la hipótesis sobre los orígenes de la relajación del clero, especialmente del clero más humilde, el que se ha denominado «bajo clero». Según el A. habría que buscarla en la extrema pobreza —más bien habría que decir: miseria— de la Iglesia peninsular bajomedieval. Es bien sabido que la pobreza excesiva, cuando no es pretendida ni deseada, puede convertirse en fuente de corrupción. Un mínimo de bienestar permite una mayor libertad y, en el fondo, cierta independencia frente a lo material.

También me atrevería a destacar el capítulo II, dedicado al estudio de la Inquisición española, redactado con gran objetividad y con una documentación excelente; y el capítulo III, sobre la supresión de los judíos, tema en el que el A. es un consumado especialista, complementado por el VI, relativo a la eliminación del Islam peninsular.

El último capítulo, sobre la expansión ultramarina de la cristiandad, llega hasta 1504, con la muerte de la Reina Isabel,

y ofrece, por tanto, una excelente panorámica de los viajes colombinos. De esta forma, el libro entronca con las celebraciones de 1992.

J. I. Saranyana

Primitivo TINEO. *Los Concilios limenses en la evangelización latinoamericana*, EUNSA («Colección Historia de la Iglesia», 12), Pamplona 1990, 562 pp.

El tercer Concilio provincial de Lima (1582-1583) fue un acontecimiento de enorme importancia para la evangelización y organización de la actividad pastoral en América. Pero no fue un hecho aislado, sino que supuso una labor anterior, magníficamente desarrollada en los dos concilios anteriores, de 1552 y 1567.

El presente trabajo es una obra de síntesis en la que el A. expone cronológicamente y analiza sistemáticamente los principales momentos de la evangelización peruana, durante el siglo XVI. Como indica el título, se detiene sobre todo en el análisis de los tres primeros Concilios celebrados en Lima. El autor ha utilizado fuentes de primera mano, sacadas de los archivos de Sevilla y Madrid, donde ha pasado temporadas consultando los documentos. Cuando los originales no han podido ser consultados, se ha servido de ediciones y fuentes impresas fiables. Ello hace que la información aportada sea precisa y que haya manejado las mejores obras que hacen referencia al tema.

A pesar de numerosas notas y aparato crítico, que muestran una gran familiaridad con la mejor bibliografía, el A. ha utilizado un estilo llano y ordenado en toda la redacción, y por ello el lector puede encontrar aquí una obra especialmente útil para conocer los primeros pasos de la Iglesia en aquel inmenso territorio que fue el Perú.